

Casta diva

Judith Castañeda Suarí

Técnico en Química Industrial, bibliotecaria

La tienda es una gruta, como me dijeron. Pedruscos, estalactitas y estalagmitas hechas con rosarios de cuentas blancas, lámparas viejas y cajoneras donde podría aparecer una carta perdida del maestro Puccini a Julia Manfredi. Paso el dedo sobre el barniz de un secreter; una astilla. En lugares así, el tiempo sigue escurriendo sobre la cara de los objetos, como pasa con la Mariscala en *Der Rosenkavalier*, pero en ellos no hay mano alguna que detenga los relojes de la casa y, además, no envejecen igual que nosotros. Otra lámpara, un jarrón enorme.

—Bienvenida, adelante —escucho la voz de una contralto reptando entre un mundo de porcelana, terciopelos y nogales.

—Gracias —responde una sombra que pasa junto a mí—, buen día.

La sombra y la voz de contralto empiezan un intercambio de cortesías más allá de un horizonte de libros antiguos, mientras yo sigo viendo el jarrón decorado con grecas que parecen notas musicales color verde. *Monsieur* Pierre mintió, aquí tampoco puedo distraerme.

Él estaba limpiando cuando llegué a la cafetería cercana al teatro, después del ensayo. Pedí vino, el primero de los bocadillos de la carta; él me escuchó carraspear cuando el mesero me dejó sola.

—¿Difícil, eh? —preguntó a manera de saludo, yo asentí. Nos conoce, todo el teatro va allí, no importa si es un estreno, un debut o una reposición.

—Sí —dije apenas, cuando el mesero llegó a disculparse porque el bocadillo tardaría un poco. Mientras pedía uno de los postres, *monsieur* Pierre caminó hacia el fondo del local, subió las escaleras y fue, seguro, a pasar su trapo húmedo por las mesas de la planta alta.



Veinte de julio, *Norma*, Théâtre Antique d'Orange. No es fácil un debut de papel con semejante escenario. Lo supo mi garganta desde el anuncio, y con la publicidad pegada en lugares públicos y compartida en

incontables ocasiones a través de redes sociales, ese saber se tradujo en carraspeos, en molestias que afloraron junto al pianista durante los ensayos y salpicaron de interrupciones y correcciones la plegaria a la luna.

—Perdón, lo siento.

El maestro, casi un desconocido sin el frac negro, se acercó para palmearme los hombros. No hablé, seguro también sabía de la responsabilidad que significan la fecha, el lugar y la obra para una soprano debutante.

—Todavía tenemos tiempo, sal y cálmate —dijo después; yo fui de su cabello entrecano a los tenis que usaba en ese momento de la mañana. Incliné la cabeza, fue mi forma de decir gracias, de disculparme.

—Perdón, en serio, no sé por qué me está pasando esto. Salí a la cafetería de siempre, no quise retrasar más a Pollione, a Adalgisa, que esperaban su turno al piano.

Afuera, respiré, los ojos en la escenografía permanente de cada ópera y de todos los conciertos. Esas piedras de los tiempos de Roma han visto pasar a muchos, seguirán viéndolos cuando yo esté muerta o cuando suba a otro teatro. Ellas vieron a la Superba aquella noche. También yo lo he hecho, pero no como ellas: ellas la escucharon pronunciar ese ruego entonces de plata, y ahora, durante el ensayo, ni siquiera una sombra; ellas contuvieron el viento, dosificándolo, para que el vestuario del elenco ondulara con delicadeza. Yo sólo la he visto en televisión y en páginas de videos, y no sé si haya sido un error hacerlo una vez más luego de que me dieran el papel.

Vi su traje oscuro, el viento dibujando oleajes con el velo color plata de esa sacerdotisa, con el de las integrantes del coro; escuché la tonada de Bellini, que ha acompañado los anuncios de algún perfume, la voz tersa de la soprano española, los aplausos. Y después pensé en mi debut, en que para los directores sería una especie de homenaje, al darse el estreno en la fecha señalada, usar esa vieja producción de 1974. Sin embargo, Norma no sería la misma; muertes, retiros, el tiempo medido en años, ¿cómo enfrentarme a eso?, ¿cómo ser aquella suma sacerdotisa celta? No, mi Norma no merecería el reconocimiento de un regalo como los pendientes de María Callas.



—Vaya, vaya a distraerse, esa tienda es una gruta —dijo con una sonrisa *monsieur* Pierre antes de que saliera de la cafetería. Y una gruta era lo adecuado para ir a esconderme.

Pospuse mi ensayo de piano para mañana y vine, pero no esperaba encontrar una réplica de otra *Norma*, una con Sonya Yoncheva, escenificada en el Royal Opera House hace unos tres años.

—¿Te llevas esa?

—Sí, Ulrica.

—¿La envuelvo para regalo?

—Sí, por favor, muchas gracias.

La sombra sale, tintinea la campanilla de la entrada y vuelvo a quedarme con la dueña de la voz de contralto: Ulrica. Hojeo un libro sobre Bach, “la colección la organizó el compositor de *Samson y Dalilah*”, dice una nota de perfecta letra en tinta sepia.

—¿Cuánto...?

Sin acabar la pregunta, siento los ojos de Ulrica antes de verla acercarse a la mesa donde éste y otros libros duermen a la espera de un nuevo dueño. Son un lastre sobre la espalda esas pupilas. No puedo moverme, volteo apenas; es cuando me encuentro a una pelirroja gruesa. Dice algo, pero no le entiendo, sólo escucho su voz, tan pesada como sus ojos sobre su nueva probable cliente. Trae las manos entrelazadas, igual que si estuviera rezando. Un nuevo tintineo me quita de encima los ojos de esa mujer, sólo ahora puedo salir.

Desde el callejón se ve el muro del Orange, altísimo y ocre. En una semana sus gradas estarán llenas, quizás inconscientes de la fecha, idéntica a la de 1974 hasta en el día de la semana. Antes de regresar con mis compañeros, busco la segunda copa de vino en otro sitio, uno con mesitas dispersas en el polvo amarillento del sábado. Me siento a mirar los techos de tejas rojas, los esporádicos automóviles. Me acomodo la bufanda, mañana debo ensayar.



—Abre la boca. Más —pide el médico, me revisa, se asoma a mi garganta, me introduce un bajalenguas de madera—. Todo parece estar bien —dice con una sonrisa, asiente; llega a la misma conclusión que yo: se trata de algo nervioso. —No te preocupes, descansa cuanto puedas; ahora ve a ensayar; en el estreno sonarás como la Superba.

Junto al piano, durante el dúo del segundo acto con Adalgisa, se repiten las molestias.

—*Sì, fino all'ore estreme compagna tua m'avrai* —trato de pronunciar junto a ella, mezzosoprano castaña, de hombros finos; sin embargo, con-

tinúan los carraspeos, intentos fallidos de aclarar un instrumento aún deteriorado. Salgo del salón escuchando a medias a la joven sacerdotisa y al pianista. Sus palabras de consuelo repiten la frase del médico: “En el estreno sonarás como la Superba”. También lo dijo la mujer de la tienda, Ulrica, lo sé, aunque no le haya puesto atención.

Camino, casi corro, hasta ese lugar donde *monsieur* Pierre dijo que podría distraerme. El sonido de la campanilla pone a la señora Ulrica, otra vez, junto a la mesa de los libros. De nuevo tiene los dedos entrelazados.

—Sabía que regresarías —dice. Yo veo su sonrisa, un tajo blanco, inmóvil.

—Buenas tardes —susurro. Le miro las manos con atención, en medio de unas uñas perfectas y rosas, asoma una pequeña caja de música. No parece combinar con nada en este rincón, así de sencilla es. Incluso podría pasar por la caja donde se guardan unos aretes o una pulsera. La distinguen la manivela en una de sus caras laterales y la ilustración que la decora, un espadachín de sombrero negro, un grupo de sombras apenas insinuadas y un castillo al fondo, todo sobre el color ocre de una partitura Ricordi para voz y piano.

—¿Le gusta *Un ballo in maschera*? —pregunto, pensando en su nombre, el de la adivina que aparece en esa ópera de Verdi.

—No te preocupes; en el estreno sonarás como la Superba. — Cuando voy a preguntarle cómo supo, la mujer me planta la cajita frente al rostro—. Sólo da vuelta a la manivela tres veces —dice, su voz de contralto parece salir del último rincón de la tienda.

Yo la miro, miro la cajita, la mesa de libros desbordante de ejemplares. ¿Qué hacer? La observo otra vez, su rostro enterrado en esa mata de cabellos rojos; luego toco la manivela con el pulgar y el dedo medio. La descubro casi tibia.

Más como una compradora potencial, giro la manivela. Una, dos, del mecanismo brotan las primeras notas de *Nessun dorma*. “Vaya, Verdi y Puccini en un mismo objeto”, pienso al completar la última vuelta.

—*All'alba vincerò...* —canturreo, un aria que no es para soprano; una esperanza, un convencimiento.

—Así está bien, ya estoy pagada —dice la señora Ulrica al ver cómo meto la mano en el bolsillo, me rodea el brazo con sus dedos y yo siento un cosquilleo atravesando la tela de mi blusa.

—Le dedicaré mi actuación —respondo, mientras me aparto con suavidad, temiendo ofenderla—. Se lo prometo —agrego, cada sílaba es un tintineo parecido al de la pequeña, simple caja de música. Veo el

techo de la tienda y, aunque la campanilla suena, sigo estando a solas con la mujer. Quizá sea la invitación a probar el mecanismo o el sonido cristalino de una de las arias más famosas de Puccini, pero me siento mejor. El veinte de julio no será el de 1974.



Miro el escenario, el viento de este año en el Orange, los trajes con los que ese viento dibuja mareas de gasa. Ahí debería estar yo, pidiéndole a la luna que distribuya en la tierra la paz argentina que reina en el cielo. En cambio, una integrante del coro hace flotar cada nota, depositándola sobre la melodía que hace de esta una noche de ópera irreal, apenas esbozada sobre el lienzo sin estrellas, oloroso a vino.

¿Qué pasó? Todavía me veo, el fantasma de 1974 muy lejos, casi disuelto. Pollione y Flavio hablan sobre Adalgisa, desaparecen por un costado del escenario ante la entrada del coro, que me anuncia. Ella viene y la estrella de Roma, temerosa, se oculta tras un velo, escucho. Después entro yo, bajo las pocas escalinatas, el traje oscuro de la Superba, su tocado en el cabello suelto y oscuro. Canto sobre el destino del romano, ajeno al poder de los hombres; sobre la venganza de los oprimidos, aún lejana; sobre los vicios del invasor, que han de caerle encima para derrotarlo.

Entonces algo pasa. Escucho las flautas, el coro está junto a mí, escoltándome. “*Casta diva, casta diva, che inargenti*”, pienso por adelantado. La maestría de Bellini. Sonrío. Respiro hasta sentir los pulmones llenos de la suavidad de esa música. Me preparo. Pero no puedo seguir cantando; es una columna mi garganta, una torre de muros gruesos que aprisiona todos los sonidos. Miro al director, a esa orquesta hecha de oscuridad, de brotes claros sobre cada partitura; necesito uno de sus atriles para sostenerme. Más allá, un cielo de ojos a la espera.

Las jóvenes sacerdotisas de túnica blanca, quienes presentan un par de cestos ante la gran Norma, lo notan; lo nota mi compañera del coro y las tres me rodean en un movimiento ajeno a la simple coreografía de arrostrar un graderío penumbroso pero lleno. Y yo camino hacia la orilla más cercana del escenario, aprovechando la confusión. Y me dejo caer en las escalinatas. Lloro. Toso. Un joven auxiliar de utilería ve cómo me cubro la boca con el puño, mientras *Casta diva* se une a la sutileza de una noche donde nada más podría escucharse. Después entrará mi reemplazo.

No espero el final de la ópera. La complicidad entre dos amigas, el secreto de la suma sacerdotisa, se quedan entre los muros del

Orange cuando salgo a la calle. El viento, el traje antiguo de una Norma que corre en un paisaje lunar. Los pocos transeúntes se disuelven en las sombras; apenas alcanzo a distinguir a *monsieur* Pierre, está de pie, en la entrada de la cafetería, sus ojos son los de un gato a la luz artificial.

No me detengo, sigo hasta la tienda de antigüedades, empujo la puerta. Ningún sonido; la señora Ulrica no viene a atender al posible cliente porque la campanilla no anunció su presencia. O tintineó y no la escuché. Abro la boca, mi garganta, mi lengua, son todavía esa columna de piedra que no me dejó seguir actuando.

La señora Ulrica se acerca.

“¿Qué pasó?” Intento articular. “Cantaría como la Caballé en julio de 1974, en cambio una de las sopranos del coro debió cubrirme”.

La gruesa pelirroja pasa de largo, sin voltear a verme. Estrecha la mano de una silueta.

—Sí, claro, venga conmigo —dice, asiente—. Puede probarla si quiere.

“No, es una caja de música; va a dejarlo mudo”, grito hacia adentro.

La silueta gira la manivela de esa cajita llena de adornos metálicos. Del mecanismo sale mi voz, las primeras notas del *Casta diva* que entoné junto al pianista y en el ensayo general.

—¿Tiene otra como esta?

—Cada una es única.

Veo a Ulrica deslizándose por su tienda como detrás de un cristal. Sus pasos ahora son casi un murmullo.

—Mire —susurra. Alarga una cajita idéntica a la primera; sólo cuando la silueta gira la manivela noto la diferencia: la tienda se llena con los acordes de *La donna è mobile*, una voz parecida a la de Pavarotti.

—Increíble, es como si el mecanismo fuera una garganta humana...

—Me las trajeron de Italia —dice ella y voltea hacia donde estoy, sin verme. Siento el taladro de sus ojos.

—Voy a llevar la de *Norma* —anuncia la silueta. Ulrica envuelve la cajita de música con papel de china blanco, la mete en su empaque. Mientras las piedras de mi garganta engrosan; la tienda no es sino un hato de penumbras. Lo último antes de la completa oscuridad, son los ojos de gato de *monsieur* Pierre, que hace sonar la campanilla con su llegada. El anciano estrecha la mano de Ulrica, sonrío ante algo que la pelirroja le dice. Luego, nada; también dejo de moverme.